

ALTA PENA, 1997/2012

Amarilis

Anna Maria dei Rios

Illustrazioni di Maria Zentgraf



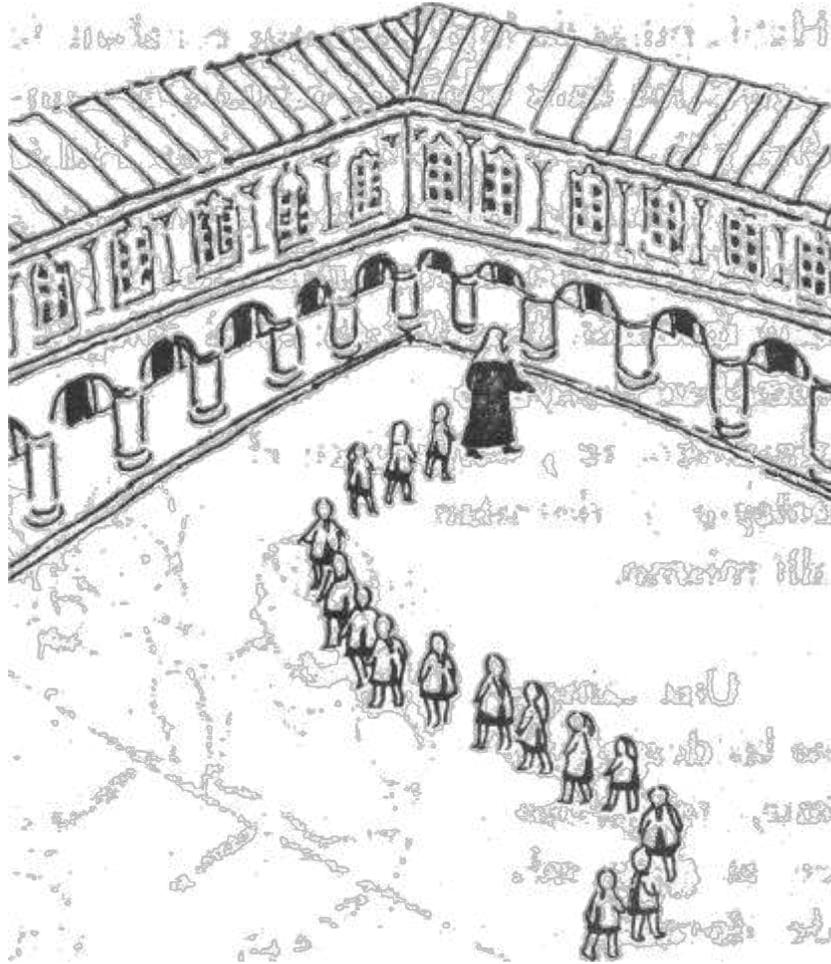
Ana María del Río

Amarilis

Ilustraciones de Marta Carrasco

ALFAGUARA

1. Un colegio muy estricto

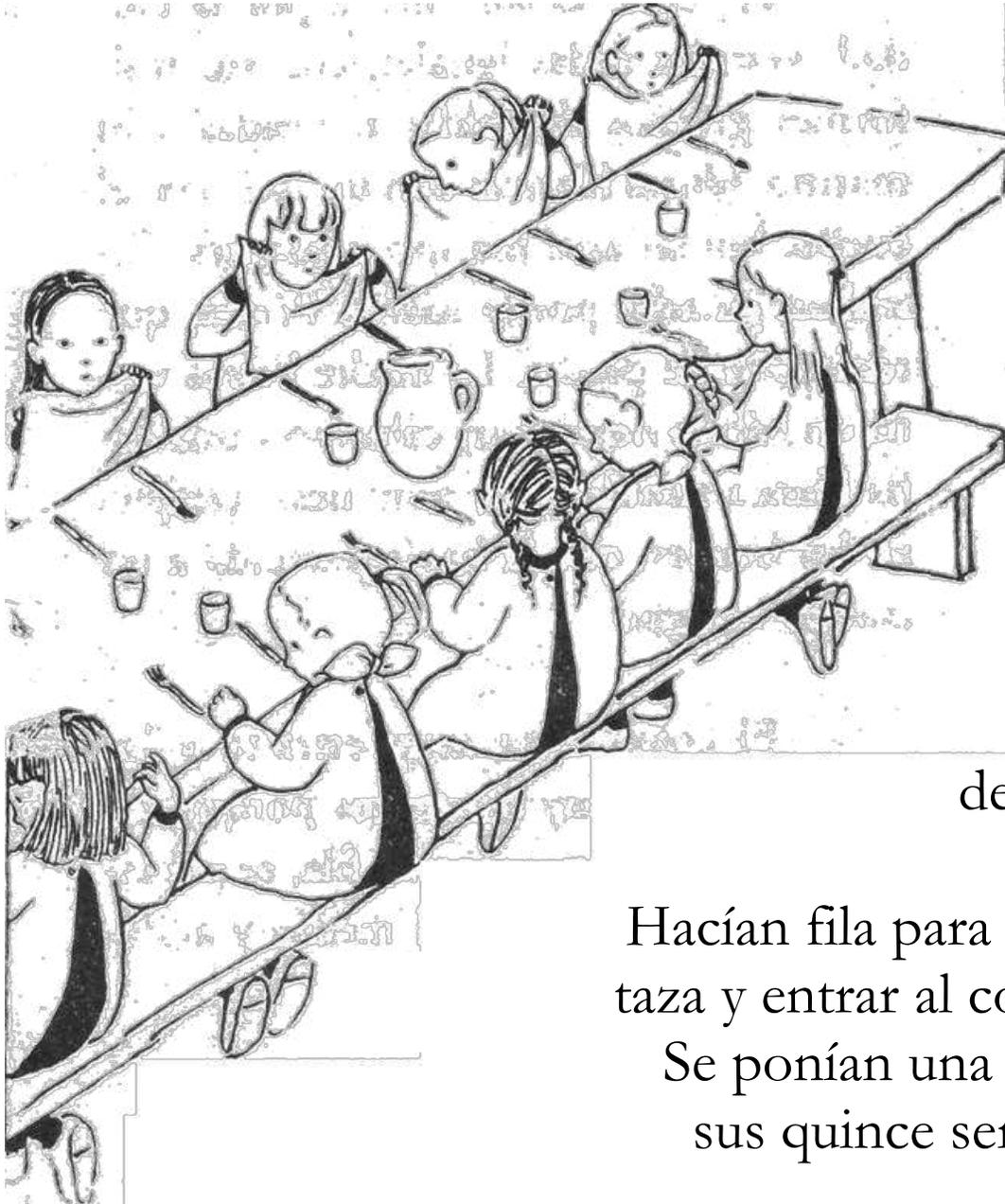


Había una vez, hace tiempo atrás, un colegio de monjas en el centro de una ciudad de Europa. Y había en ese colegio una clase con quince niñas de uniforme azul marino que venían de todas partes del mundo, porque este era un colegio internacional. Había niñas de Italia que echaban de menos el sol dentro de las uvas y los campos verdes con olivos. Había niñas de

Inglaterra que echaban de menos los altos edificios oscuros de Londres y los buses rojos de dos pisos. Había niñas de Chile que echaban de menos la gran Cordillera de los Andes. Todas estaban internas. Estudiaban en el colegio, tomaban desayuno, almuerzo, té y comida en el colegio y dormían allí mismo.

Una campana las despertaba muy temprano en la gran sala de dormir, llena de camas. Hacían fila para lavarse los dientes cada mañana. Hacían fila para bajar a





tomar
desayuno.

Hacían fila para sacar su
taza y entrar al comedor.
Se ponían una por una
sus quince servilletas.

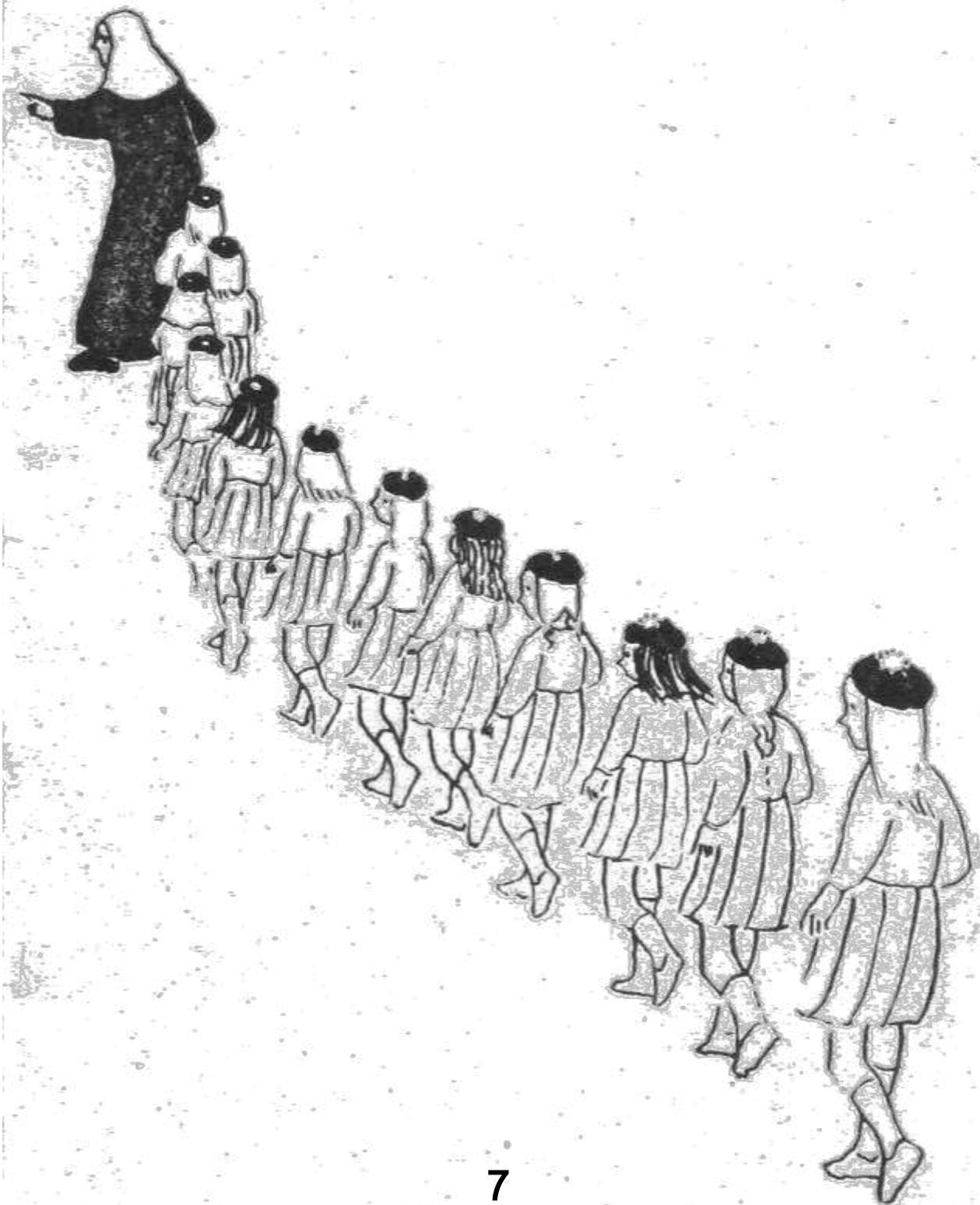
El colegio era inmenso, muy antiguo y muy
estricto. Había muchísimas salas de clase, muy
altas y frías con ventanas angostas y corredores
que tenían eco, donde los pasos de las niñas
habrían sonado como el galope de un caballo, si
las niñas hubieran podido correr.

Pero nadie corría en ese colegio. Las niñas debían ir siempre paso a paso y siempre en fila.

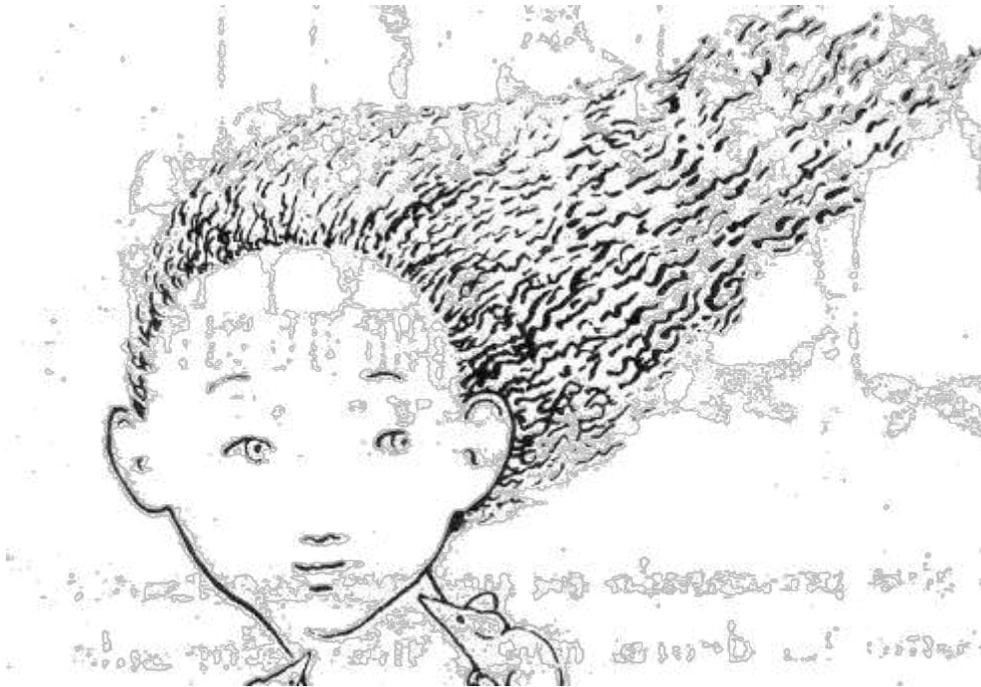
A veces, salían en fila por la ciudad, vestidas todas iguales, con sus uniformes gruesos de faldas tableadas azul marino, blusas blancas con un lacito en el cuello, boinas azul marino y guantes.

Paseaban guiadas por la madre Pétrea, que tenía cara de piedra. La madre Pétrea vestía un hábito negro muy caluroso y una cofia blanca almidonada, muy tiesa, crespita en los bordes, que la hacía parecida a un cuadro antiguo.

El colegio era muy estricto y los papás estaban muy contentos porque sus niñas andaban siempre en fila, se peinaban con una partidura al medio y andaban derechitas y ordenadas.



2. Una niña diferente



La más pequeña de todas las niñas del colegio se llamaba Amarilis.

Amarilis era distinta. Había sido la última en llegar ese año al colegio. No se había presentado en un auto con chofer como las demás niñas, sino galopando en un hermoso caballo alazán, seguida por su papá, que era campeón de polo, y por un secretario que llevaba el equipaje en una desteñida

maleta castaña. Todas las niñas se habían quedado mirando por las altas ventanas cómo Amarilis desmontaba de un salto, agitaba su pelo y entraba con su maleta al colegio, a grandes pasos, como una princesa aventurera.

Amarilis tenía los ojos verde-amarillos y el cuerpo elástico de una pequeña pantera. Y era muy linda, con su pelo oscuro y su piel mate.

Amarilis venía de un lugar que las profesoras llamaban «exótico», lleno de árboles de hojas enredadas unas con otras, lianas cruzando los árboles, ardillas voladoras, pájaros de siete colores y monos cruzando por entre las ramas.

Había ríos inmensos y anchos como mares sin olas, avanzando como una cabellera larga y verde por el medio de la selva plagada de ruidos y de seres que se movían.



Amarilis venía de un país sudamericano, de una ciudad en medio de la selva más impenetrable del mundo, donde los árboles no dejaban ver el sol.

A Amarilis no la asustaban las noches de tormenta, porque venía de un lugar en que a veces se dejaban caer los rayos sobre los árboles, calcinándolos.

A toda la fila de niñas del colegio le asustaban mucho las tormentas. Y los rayos y truenos. Para asustarlas más todavía, Amarilis les contaba historias de niñas que habían desaparecido en los bosques en noches de relámpagos.

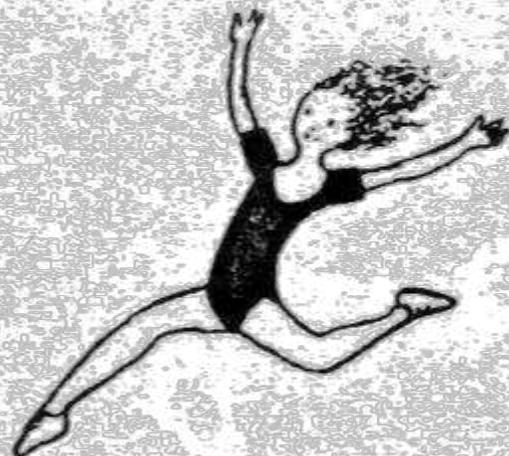
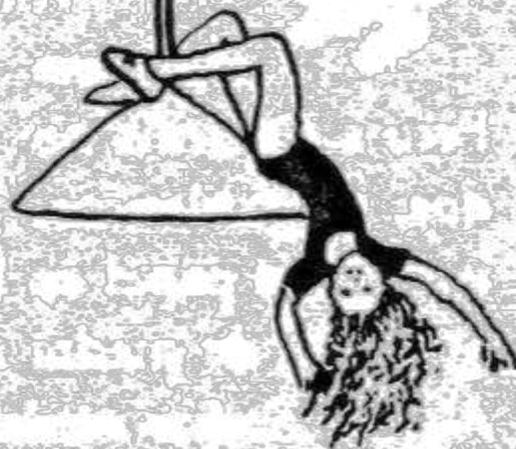
Y toda la fila de niñas temblaba y gozaba escuchando los cuentos de Amarilis.





A Amarilis le encantaba la clase de gimnasia: se tiraba por las cuerdas y las barras y daba triples saltos mortales para terminar subida arriba de la lámpara del gimnasio. Y toda la fila de niñas y la madre Pétrea se quedaban mudas del susto.

Las niñas encontraban a Amarilis muy distinta. Tenía útiles diferentes a los de ellas: unas acuarelas de cien comas tijeras para la mano izquierda, unos lápices de colores que se veían en la noche y una lapicera de tinta invisible. Amarilis era generosa y los prestaba siempre.





A Amarilis no le asustaban los ratones porque venía del campo, de una vieja casona donde había muchos.

A toda la fila de niñas le asustaban mucho los ratones. Pero a Amarilis no. Había amaestrado a dos, muy blancos, y los hacía jugar en un aro de papel en los recreos detrás de la fuente de piedra al fondo del parque. Algunas niñas venían a ver la función.



Aunque Amarilis era distinta, podía hacer casi todo lo que exigían en aquel estricto colegio. Pero... había dos cosas que Amarilis no podía hacer.

Una de ellas era hacer filas.

Amarilis simplemente no podía. Se salía de la fila, iba siempre al lado de las niñas en vez de ir atrás.



No sabía tomar distancia con las manos ni marchar al mismo paso que las otras. Se tropezaba con los talones de la niña más próxima y toda la fila comenzaba a tropezarse. Corría por los pasillos en vez de caminar educadamente saludando a las otras madres.





“No sabe hacer filas”

Escribió en rojo la madre Pétrea en su libreta de anotaciones.

La otra cosa eran los márgenes.

Amarilis no podía guardar los márgenes de los cuadernos. Todos los márgenes de sus cuadernos estaban repletos de dibujos de jaguares con manchas, panteras con la boca abierta, monos saltando de un árbol a otro y serpientes enroscadas luchando con cocodrilos.

“No sabe guardar márgenes”

Escribió la madre Pétrea en su libreta de anotaciones y lo subrayó.

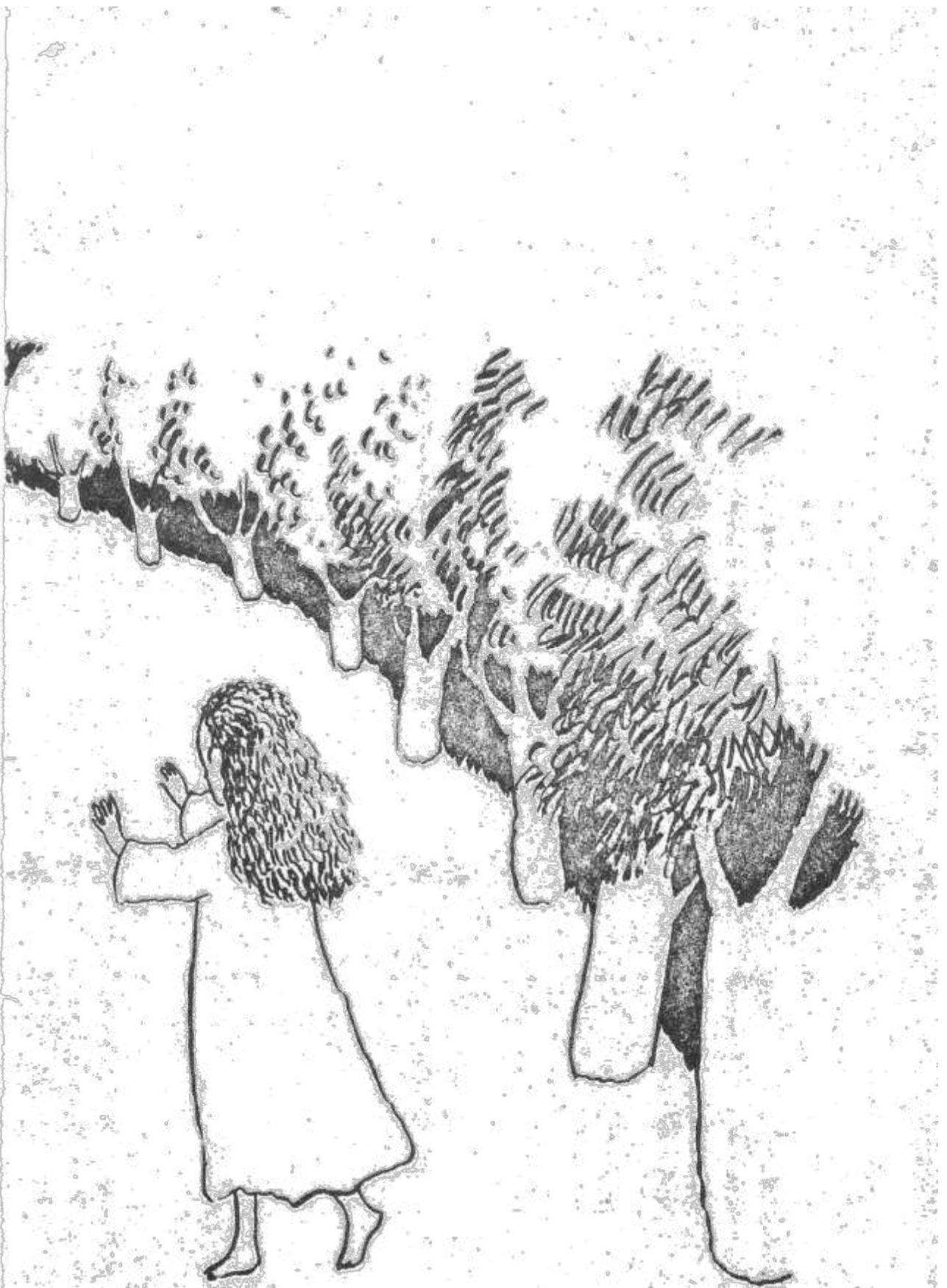


Una noche, la madre Pétrea había sorprendido a Amarilis caminando a pata pelada en camisa de dormir por el pasto húmedo del parque. Iba dormida. Cuando la despertaron, no sabía nada de lo que había pasado.

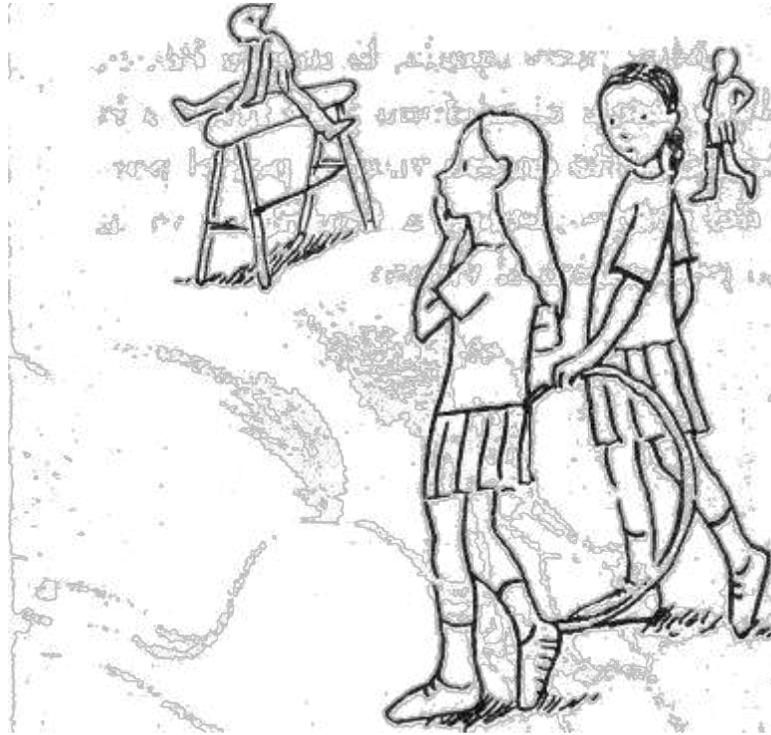
“Tiene un sueño irregular”

Escribió la madre Pétrea en su cuaderno de **Problemas con las niñas**. Desde entonces, cerraba las cortinas para que la luz de la luna no viniera a llamar a Amarilis y trancaba las ventanas para que no pudiera salir.





3. Una clase de gimnasia



Un día, en clase de gimnasia, todas las niñas estaban en fila listas para saltar sobre el caballete. Sólo faltaba Amarilis.

—¿Dónde está esa niña? —dijo la madre Pétrea.

No estaba en los camarines.

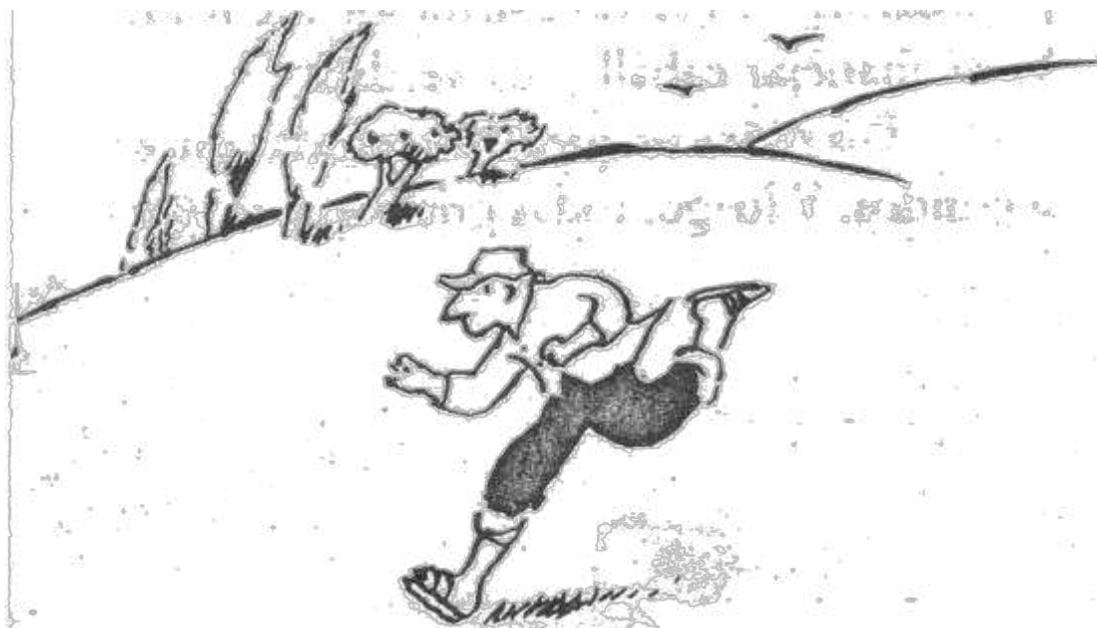
Ni en los baños.

Ni en ninguna parte.

Muy preocupada, la madre Pétrea ya iba a tomar el teléfono para avisar a la policía cuando en eso vieron, por el portón del colegio, entrar a Amarilis, con su largo pelo suelto al viento.



Pero no venía sola. ¡Venía galopando sobre un hermoso caballo! Un campesino de los alrededores la seguía corriendo, con la cara muy colorada.



Amarilis se dio impulso y, ¡zas! El caballo saltó un montón de colchonetas azules.

—Ese caballete no me gustaba —dijo Amarilis—. Era un caballo de mentira. Yo sé manejar caballos de verdad.

Las niñas se quedaron mudas unos segundos. Y luego, todas gritaron a la vez:

—¡No más caballete! ¡Queremos un caballo de verdad!

—Yo les enseño a subirse —dijo Amarilis—. Pónganse aquí y levanten la pierna izquierda.

La madre Pétrea se tocó la toca.

Había comenzado de nuevo su dolor de cabeza.

Esa niña... tan irregular.

Y las quince niñas corrían felices a montarse a caballo.



4. Una noche terrible



Esa noche, después que la última niña de la fila se sacó la última de las zapatillas, se puso el último pijama frente a su cama y cerró el último de los ojos para dormir, la madre Pétrea apagó la luz del gran dormitorio de las internas y se fue a dormir.

Otro largo día había terminado en el colegio. Estaba muy cansada. Corrió las inmensas

cortinas de las inmensas ventanas para que no entrara la luz de la luna y cerró fuertemente las ventanas con pestillo.

Nadie se atrevía a moverse en aquel colegio después que la madre Pétrea apagaba la luz.

Era un colegio muy ordenado. Pero desde que había llegado Amarilis, la madre Pétrea se cansaba más. Muchísimo más. Ponía la cabeza en su almohada almidonada y se quedaba dormida como piedra.

Pero esa noche...

A medianoche, la madre Pétrea se despertó. Sentía un ruido en el dormitorio de las niñas.

«Esto es algo totalmente irregular», se dijo. «A la hora de dormir NO DEBE haber ruidos»;

Se puso una bata y subió a la pieza de las niñas. Encendió la luz y fue describiendo una por una las quince cortinitas que separaban una camita de la otra. Allí estaba la fila de camas de niñas durmiendo, no pasaba nada. Excepto en la cama de Amarilis.





Amarilis lloraba sin parar.

—¡Me duele la guata! —gritaba.

Entonces, la madre Pétrea le puso el termómetro y le tomó el pulso. Amarilis tenía fiebre y el pulso muy rápido.

—Debe haber sido la clase de gimnasia —dijo la madre Pétrea—. Te agitaste mucho.

Todas las niñas del colegio se levantaron esa medianoche y fueron a la cama de Amarilis. Las niñas miraron preocupadas a Amarilis que se quejaba con las manitos en la panza.

Y pensaron: «Esto le pasa a Amarilis porque:

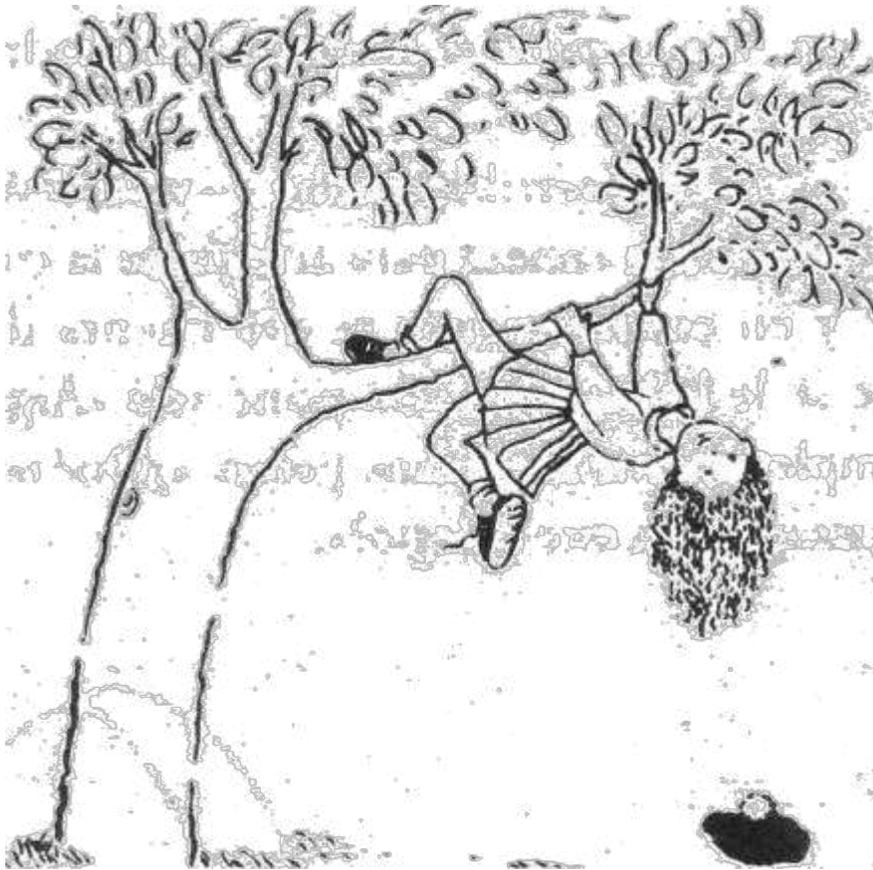
No sabe hacer filas.
No tiene la falda tableada.
No sabe guardar márgenes.
Anda siempre con los calcetines abajo.
Se sube como un mono a los árboles.
Amaestra ratoncitos blancos.
Cuenta cuentos de miedo».
«Tal vez ser tan desordenada duele»,
pensaron.

La madre Pétrea llamó al doctor.
El doctor vino. Traía un maletín redondito.
Y miró a Amarilis.
Le miró la guata.
Le miró la garganta.
La hizo levantar la pierna derecha y
Amarilis dio un grito de dolor.
Movi6 la cabeza.
Llam6 por tel6fono.

Vino una ambulancia con luces en la cabeza
y una gran cruz roja en la puerta blanca.
Y se llevaron a Amarilis, muy p6lida, en una
camilla al hospital. La madre Pétrea dijo:

—Una terrible noche —y se llevó las manos a la cabeza para arreglarse la cofia, y en ese momento se dio cuenta de que se le había olvidado ponérsela. «Algo completamente irregular», pensó. «¿Qué está pasando en este colegio?».

Al día siguiente, las quince niñas salieron a pasear en fila por la ciudad. Era una fila muy triste. Faltaba Amarilis.



Nadie se subía a los árboles colgándose de las ramas.

Nadie se escondía en la escalera del Metro.

Nadie amarraba las trenzas de dos niñas.

Nadie iba al lado de las niñas enchuecando la fila.



Faltaba,
faltaba,
faltaba
Amarilis

—¿Qué le pasa a Amarilis? —preguntaban las niñas una tras otra, en fila, muy ordenadas y tristes.

—Es muy sencillo —dijo la madre Pétrea—. Amarilis tiene apendicitis y la operaron. Estará unos días en el hospital. Iremos a verla el día de visitas.

5. En el hospital



El jueves llegó el día de visitas. La fila de quince niñas, con sus faldas tableadas y sus blusas blancas y sus boinas y sus lazos azul marino, fue a ver a Amarilis al hospital. Era una fila muy chueca. Las niñas conversaban entre ellas. Se tropezaban.

—Orden, orden, mantengan la fila por favor, ¿qué les pasa hoy? —decía la madre Pétrea.

A la entrada compraron un gran ramo de flores. Cada niñita sacó una flor.

Amarilis estaba tendida con unos tubos que le entraban por el brazo y otros por un tajo abierto en la panza. Las niñas la miraron horrorizadas. Amarilis las llamó y se levantó el pijama.

—Miren —dijo—, éste es el tajo que tengo en la guata, por donde me sacó el doctor el dolor. Eso es una operación. Ya no me duele nada.

Las niñas se acercaron en fila.

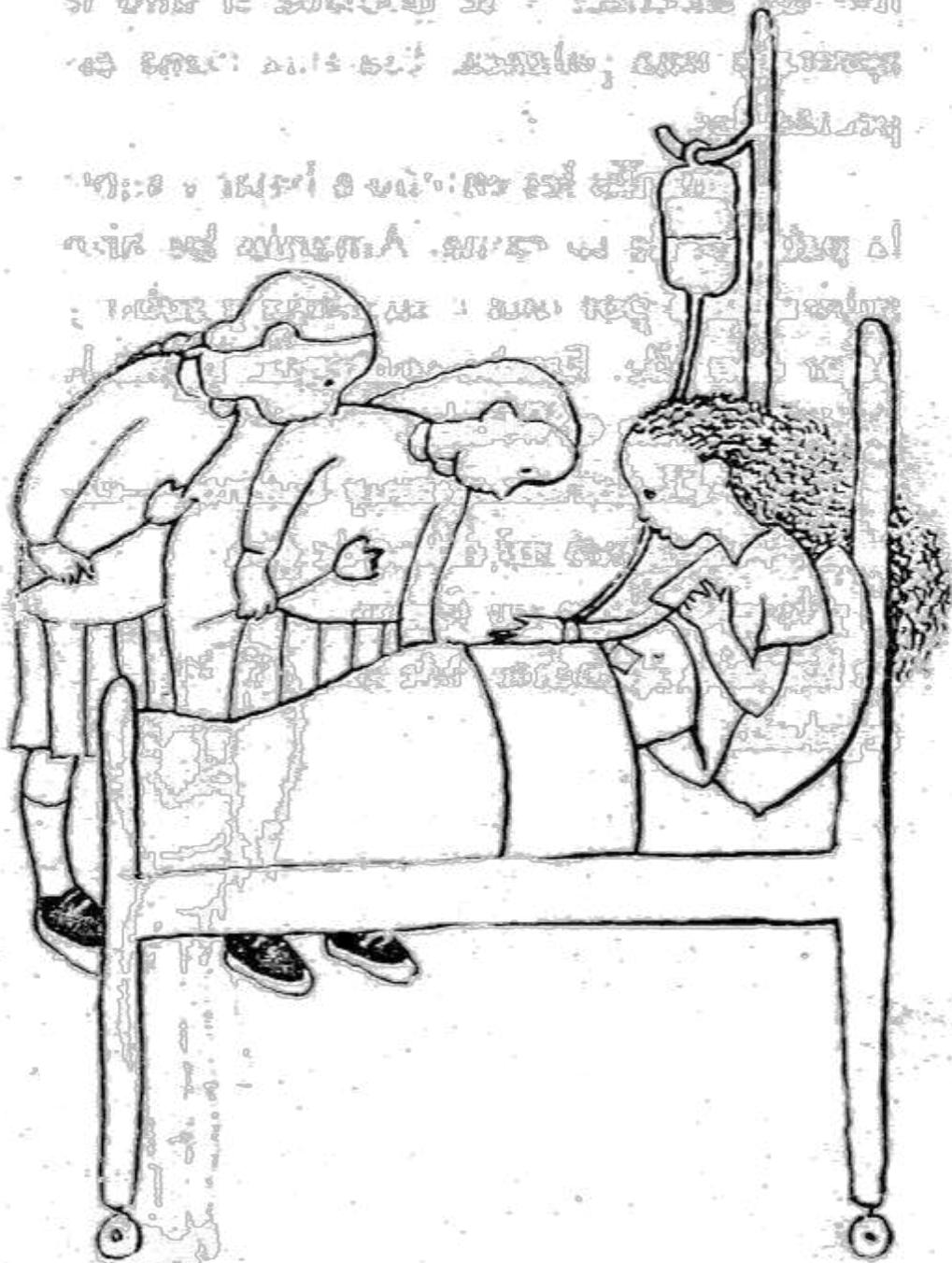
Una por una, en fila, las niñitas le dieron su flor a Amarilis.

Una a una le miraron la barriga a Amarilis.

...നല്ലതരം പഴം ഉപയോഗിക്കുക. പഴം നല്ലതരം
...കൊണ്ട് ഉണ്ടാക്കിയ പഴം ഉപയോഗിക്കുക. പഴം നല്ലതരം
...കൊണ്ട് ഉണ്ടാക്കിയ പഴം ഉപയോഗിക്കുക.

...നല്ലതരം പഴം ഉപയോഗിക്കുക. പഴം നല്ലതരം
...കൊണ്ട് ഉണ്ടാക്കിയ പഴം ഉപയോഗിക്കുക. പഴം നല്ലതരം
...കൊണ്ട് ഉണ്ടാക്കിയ പഴം ഉപയോഗിക്കുക.

...നല്ലതരം പഴം ഉപയോഗിക്കുക. പഴം നല്ലതരം
...കൊണ്ട് ഉണ്ടാക്കിയ പഴം ഉപയോഗിക്കുക. പഴം നല്ലതരം
...കൊണ്ട് ഉണ്ടാക്കിയ പഴം ഉപയോഗിക്കുക.



—No duele nada. Es magnífico —dijo Amarilis a sus compañeras—. Me ponen unos polvos mágicos que se llaman sulfas y que hacen que no me duela nada.

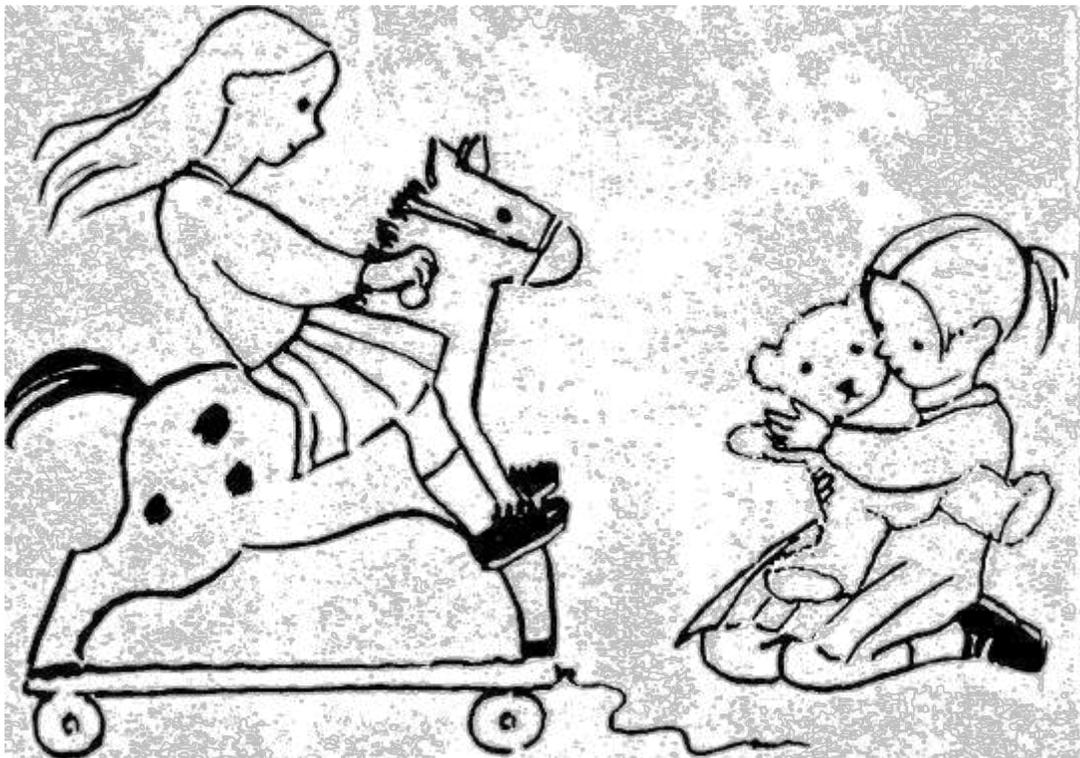
Estaba contenta, medio recostada en una gran cama que subía y bajaba como un ascensor y se doblaba si uno le apretaba una palanca. Era una cama espectacular.

Amarilis les enseñó a bajar y subir la palanca de su cama. Amarilis las hizo subirse una por una a su cama y subir y bajar con ella. Estaba contenta. Ya no le dolía la panza ni lloraba.

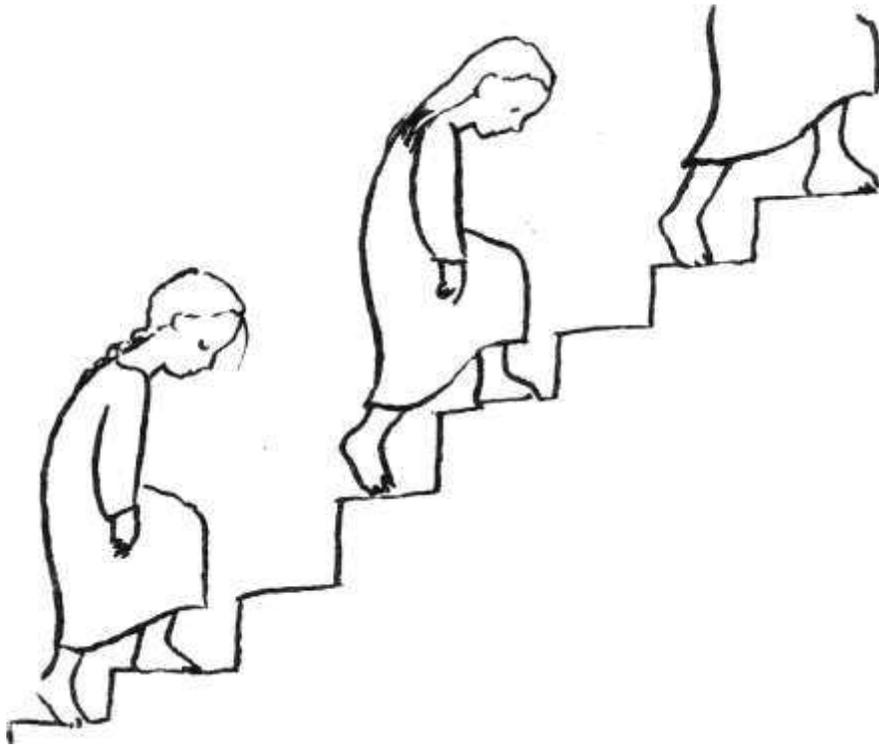
—El doctor es muy bueno —explicó—. Se llevó mi dolor de guata y lo guardó en un frasco. Se llamaba apéndice. Me lo regalará.

Luego, Amarilis repartió los juguetes que le habían mandado por correo sus papás que estaban de viaje por el mundo. Las niñas en fila jugaron toda la tarde con casas de muñecas, osos a cuerda, caballitos con ruedas que galopaban, bailarinas de porcelana que bailaban, cajas de música y otras cosas muy lindas.

Después, se despidieron de ella y se volvieron en fila al colegio.



6. ¡Totalmente irregular!



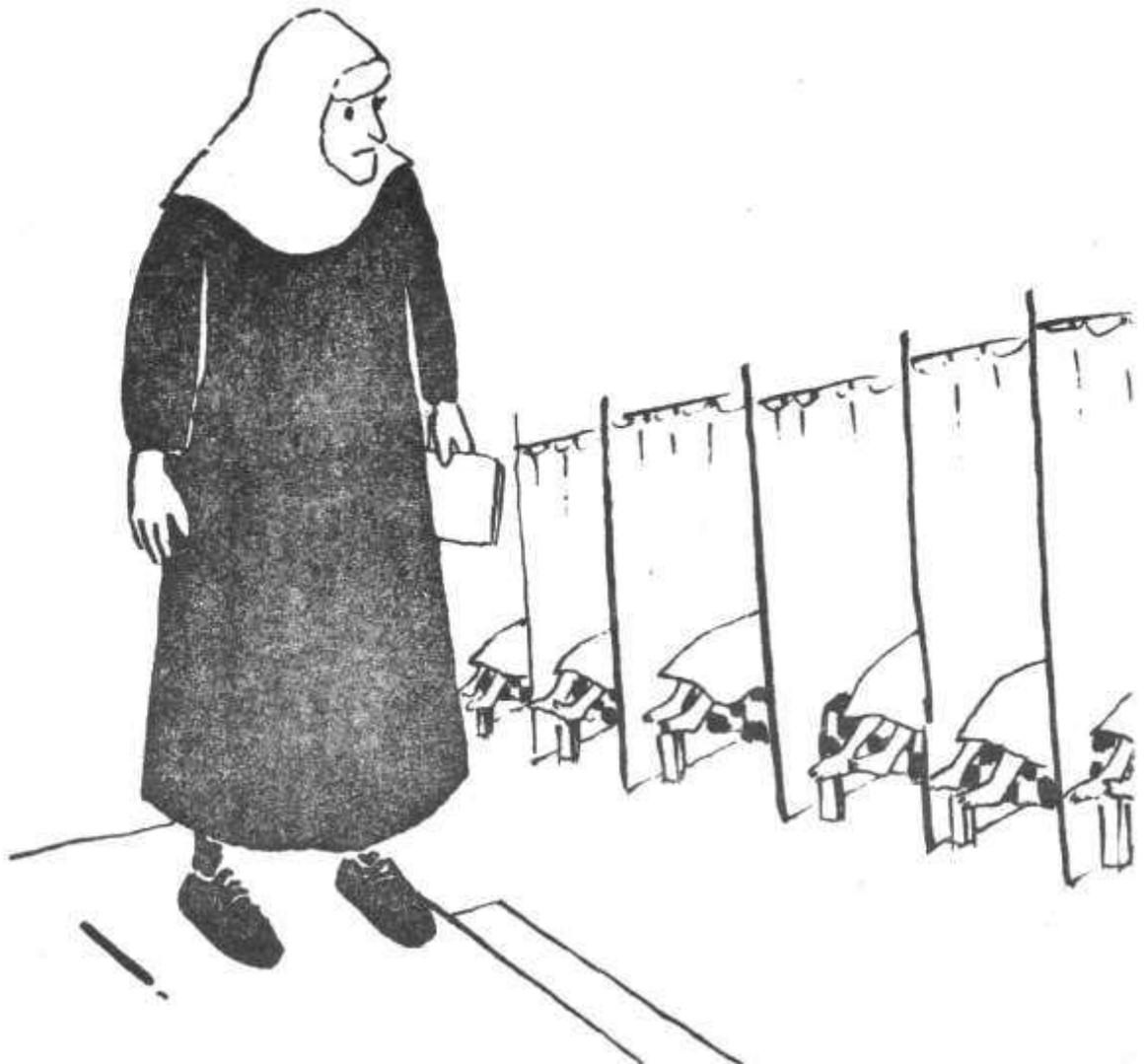
Las niñas volvieron muy calladitas. Comieron muy calladitas. En la noche, muy calladitas, subieron en fila hacia el dormitorio.

Se acostaron muy calladitas en sus camas.

A medianoche, la madre Pétrea se despertó.
Había un ruido totalmente irregular en la
pieza de las niñas.

Sin ponerse su bata, corrió hacia allá y
encendió la luz.

Todas las niñas estaban entadas llorando en
sus camitas.



—¡Me duele la guata! —gritaban en desorden.

—¡Tenemos apendicitiiiiis! —decían todas al mismo tiempo.

—¡Oh, no! —dijo la madre Pétrea—.

ANA MARÍA DEL RÍO

Ana María del Río, conocida autora chilena de libros para adultos, incursiona también en la literatura para niños. Ana María es licenciada en Pedagogía en Castellano por la Universidad Católica y se especializó en literatura Latinoamericana en Estados Unidos. Ha publicado en esta misma colección *La bruja bella y el solitario* (1999), *La historia de Manú* (2004) y *Lita, la niña del fin del mundo*, (2004). Actualmente vive en el campo cerca de Talagante, el pueblo donde nació. Allí escribe, cultiva la tierra y los fines de semana recibe la visita de sus tres hijos y su nieta.